

MEDITACION.

QUE LOS MAYORES DESÓRDENES Y LAS CAIDAS MAS FUNESTAS
NACEN FRECUENTEMENTE DEL DESPRECIO DE LAS COSAS
PEQUEÑAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa dispone tanto para la caída en los pecados mas graves, como el descuido en evitar los mas leves. Aquella negligencia habitual en cumplir con las obligaciones mas menudas, aquella frecuente infidelidad en ciertas cosillas que se representan de poca importancia, van debilitando el alma. Los auxilios se comunican en menos abundancia, las pasiones se hacen mas vivas, la confianza mas tibia, y el tentador mas osado y animoso.

No hay edificio, dice el Sabio, tan fuerte ni tan bien construido, que al cabo no le arruine una gotera de que no se hace caso. La pereza, añade el mismo, será ocasion ó causa de que se venga al suelo la techumbre. El agua ya poco á poco pudriendo las maderas, cala las paredes, penetra hasta el cimiento, y minándolo, de tal manera lo socava, que toda la casa da en tierra. ¿Y esto porqué? Por no haberse hecho á los principios algunos cortos reparos, por no haberse recorrido los tejados, vino á arruinarse todo el edificio. Lo mismo sucede en el edificio espiritual, dice Casiano: cierto espíritu de relajacion y no sé qué tibieza, á favor del poco caso que se hace de las faltas ligeras, se van insinuando poco á poco dentro del alma, van haciendo titubear la firmeza de los mas santos propósitos, y debilitan en fin de tal manera el cimiento de nuestra devocion, que al cabo se viene al suelo todo el edificio espiritual. Al principio hubiera sido fácil remediarlo: la causa del mal

tenia muy poca fuerza; ese torrente, que todo lo llevó delante de si, en su origen era un arroyuelo despreciable. Una rendija mal calafeteada, por donde habrá entrado el agua imperceptiblemente, es muchas veces la causa de un funesto naufragio. Desengañémonos, que hay pocas de esas grandes caidas que se ven en orden á las costumbres, que no hayan tenido un principio lijero, y al parecer despreciable. ¡O buen Dios, cuántos condenados hubieran evitado el verse precipitados en los infiernos, si hubiesen entendido y practicado esta doctrina!

Sucede en las enfermedades del alma lo que en las del cuerpo. Muy fácilmente se hubiera podido evitar aquel desorden total de los humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro tenaz: todas esas mortales dolencias en su principio eran casi nada; con haberse abstenido de aquella fruta, con no haber hecho aquel exceso, con un poco de régimen y de dieta, una lijera medicina nos hubiera librado de un gran mal. Pero despues que los humores malignos inundaron é inficionaron toda la masa; despues que la fluxion tomó su curso; despues que se estancó esa grande porcion de pituita y de atrabilis, en vano se acude á los remedios. Ya llega tarde el auxilio, cuando prevaleció la enfermedad. Las muertes repentinas no reconocen otras causas. Discurramos del mismo modo en las dolencias del alma, porque la analogía no puede ser mas cabal. ¡Mi Dios, y á qué paradero suelen conducir las faltas pequeñas tratadas con desprecio! ¡y cómo hubiera prevenido estas funestas caidas un poco mas de delicadeza de conciencia en el cumplimiento de cien menudas obligaciones, un poco mas de circunspeccion, un poco mas de regularidad, un poco mas de mortificacion! Esto hizo decir á los santos, que las faltas pequeñas son en cierta manera mas peligrosas

que las mayores; porque estas, cuanto mas fácilmente se conocen, mas cuidadosamente se procuran evitar, y cuando uno llega á caer, prontamente procura levantarse; pero las otras cuanto mas se conocen, menos se evitan. Un violento acceso de calentura sobresalta tanto, que al punto se acude al remedio; pero una fiebre lenta y casi imperceptible da poco cuidado, se domestica con el enfermo, hasta que poco á poco da con él en la sepultura. ¡Ah, Dios mio! ¿Y á qué he atribuido yo hasta aquí mis mayores caidas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera los muchos y tristes ejemplos que nos hacen demostracion de esta verdad.

Tertuliano, aquel ilustre defensor de la fe, aquel célebre apologista de la doctrina que enseña nuestra religion, al cabo se pervirtió; no fué mejor el fin que tuvo Origenes; ¿y quién no se estremece con solo acordarse de la caida de Salomon, y del desastroso fin del infeliz apóstol? No hay que buscar la causa de estas funestas revoluciones en la violencia de la persecucion, ni en los artificios del tentador, ni en el torrente de los malos ejemplos. *Abscisus est lapis, et percussit statuam* (1): Una piedrecita echó por tierra, hizo pedazos esos colosos.

Introdújose en el corazon de Tertuliano cierta secreta aversion á los clérigos de la iglesia romana, por parecerle que le habian hecho algunos desaires; no acudió con tiempo al remedio, fuéla fomentando mas y mas; y esa fué la piedrecita que le derribó.

Origenes, lleno de amor propio, y mas satisfecho de si mismo de lo que debiera, se entregó ciega-mente á su propio dictámen; y un poco de vanidad consentida, no despreciada á los principios, y ali-

(1) Dan. 2.

mentada despues, perdió en fin á este grande hombre: *Abscisus est lapis*.

Salomon, el mas religioso entre todos los príncipes, el mas sabio entre todos los hombres, despues de haber edificado al verdadero Dios un templo magnifico, cayó él mismo miserablemente en la idolatria. Judas, aquel discípulo tan favorecido, y que habia sido llamado al apostolado con vocacion tan especial, hizo traicion á su Maestro. Caidas tan terribles nunca tienen la causa muy inmediata; siempre viene muy de atrás su funesto principio. Salomon desconfió poco de su corazon, y Judas de su codicia. Las pasiones en su nacimiento y en su origen nada descubren que ofenda mucho á la vista; á los principios van, por decirlo así, caminando paso á paso; apenas hacen ruido; solo es un murmullo sordo que no inquieta los oidos. *Ut quid perditio hæc* (1)? Tal vez no falta un pretexto de caridad con que cohonestar el motivo. Pero cuando el amor propio llegó á domesticarse, y cuando una pasion reciente logró ser acariciada, jamás se envejecen sin hacer grandes estragos. Al principio era un leoneillo domesticado, familiar y manso, de quien ninguno se recelaba; pero cuando ese cachorro llegue á ser leon, él sabrá encontrar su presa, él despedazará á los mismos que le daban de comer y jugueteaban con él: *Factus est leo, et didicit prædam capere* (2).

Desengañémonos, el que fuere infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes. Así lo asegura el mismo Jesucristo. Un religioso tibio y un cristiano imperfecto dicen lo contrario. ¿A quién hemos de creer?

No se quiere conceder á Dios la observancia de una regla pequeña; niégansele, digámoslo así, hasta unas frioleras; y cuando el enemigo viene á luchar á brazo

(1) Matth. 26. — (2) Ezech. 19.

partido con nosotros, queremos que Dios vaya á escoger allá en el inmenso caudal de sus tesoros los auxilios mas exquisitos, las gracias mas eficaces para sostenernos. Dejándose arruinar las fortificaciones exteriores de una plaza, dejándose venir á tierra las murallas, ya no se halla en estado de defensa. ¿Dejaste ya aquella circunspeccion, aquella delicadeza de conciencia, aquella exacta y regular observancia? pues tú serás cogido por sorpresa. Esas pequeñas devociones que parecen de poca entidad, esas obras de supererogacion, esas menudencias de la vida religiosa, son como las obras avanzadas que detienen al enemigo lejos de la plaza; pero cuando no están bien guardadas y defendidas estas entradas, es milagro que el enemigo no la insulte.

Pasa Saul á cuchillo á los Amalecitas, solamente perdona algunos rebaños, y aun esos los destina para el sacrificio. Pues Saul es reprobado, porque obedeció á medias, porque en su obediencia hizo poco aprecio de ciertos puntillos al parecer de poca importancia.

¡Ah, Señor, y cuánto tengo que reprenderme en esta materia! ¡Mas oh, y cuánto debo temer! Infiel á vuestra doctrina, y aun á vuestros preceptos, no hice caso de mi negligencia en el cumplimiento de ciertas menudas obligaciones; y puede ser que esta infidelidad sea el origen de mi perdicion. No lo permitais vos, Dios mio; ya conozeo mi error, condeno mi negligencia, y espero que mi aplicacion en adelante á cumplir con la mayor exactitud las obligaciones mas pequeñas, mediante vuestra divina gracia, me pondrá á cubierto de todo riesgo.

JACULATORIAS.

Servavi mandata tua, et testimonia tua, quia omnes viae meae in conspectu tuo. Salm. 118.

Vos, Señor, sois testigo de todas mis operaciones, y por tanto quiero agradecerlos en todas ellas.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

En todo tiempo, Señor, deseó mi alma observar tu santa ley con la mayor exactitud.

PROPOSITOS.

1. No hay espectáculo mas digno de asombro que ver algunas veces ciertas personas verdaderamente respetables por la santidad de su estado, instruidas en la escuela de Jesucristo, alimentadas largo tiempo con el pan de los ángeles, despues de haber envejecido en el ejercicio de las virtudes, precipitarse en las mas funestas caidas, y hacerse objeto friste de la ira del Señor, habiéndolo sido antes de sus mayores misericordias, de sus mas piadosas bondades. No hay que buscar la causa principal de estos lastimosos naufragios, ni en la violencia de las tempestades, ni en la multitud de los escollos; desengañémonos, que no siempre son los vientos impetuosos los que echan por tierra los mas empinados cedros del Libano; la sequedad, y un gusanillo vil é insignificante bastan para derribarlos. La mas soberbia estatua cae al suelo al impulso de una pequeña piedra. Hablemos sin figuras: esas almas de primera clase, esas personas tan favorecidas de Dios, esos modelos de perfeccion insensiblemente fueron decayendo. Esos héroes del cristianismo comenzaron á cansarse en medio de la carrera; al principio no fué mas que un poco de tibieza, ó á lo mas una especie de descanso, al parecer ino-

cente; siguióse despues el disgusto; miraron un poco hácia atrás, despues de haber puesto mano al arado; al disgusto sucedió la relajacion, y á esta una indevoción total. ¿No podrás acaso ser tú mismo ejemplo y prueba cierta de esta triste verdad? ; Y qué digno de compasion serás, si se ha repetido en tí esta funesta experiencia! A esas faltillas lijeras, á ese decaimiento del primitivo fervor, á esas pequeñas dispensas se deben atribuir esas grandes caidas; remedialas sin dilacion, y concibe desde este mismo instante un grande aborrecimiento á los pecados veniales.

2. ¿No estás sujeto á la miseria de hablar con sobrada lijereza de las faltas ajenas? ¿No conservas en tu corazon cierto resentimentillo, cierta aversion á alguna persona, sea por sus modales ofensivos, sea porque te hizo algun agravio, ó porque la miras con natural antipatia? ¿No visitas con demasiada frecuencia á ciertas personas? ¿No tienes ciertas conversaciones demasiadamente largas, y aun demasiadamente tiernas con personas de otro sexo, aunque sean con los mas plausibles, con los mas especiosos pretextos? ¿No cometes ciertas faltillas lijeras contra tus votos, ó á lo menos segun las leyes particulares que te has impuesto á tí mismo? ¿No concedes á tus sentidos ciertas libertades no muy inocentes? ¿No te tomas ciertas licencias que tu devoción te habia en otro tiempo prohibido, y que ni aun hoy son muy conformes á la conciencia, ni al espíritu de la religion? Pon en la misma cuenta ciertos pecados de omision, que se tratan como cosa lijera, etc.; y ves ahí el funesto origen de los mas graves pecados, y como las arras, digámoslo así, de la condenacion eterna. No dejes pasar este dia sin hacerlo que puedas para cegar este infeliz manantial, y á este fin haz alguna oracion particular á la santísima Virgen.

DIA SÉPTIMO.

SAN ESTANISLAO, OBISPO Y MÁRTIR.

Nació san Estanislao en Sezepanow, diócesis de Cracovia, el dia 26 de julio del año de 1030, y fueron sus padres Wielislao y Boña, ambos de casas ilustrísimas en el reino de Polonia. Siendo tan distinguidos estos señores por la nobleza de su sangre, aun lo eran mucho mas por la de sus virtudes; constituyéronse padres de los pobres, hallando en ellos las viudas, los huérfanos y los necesitados socorro, amparo y proteccion; en fin, no habia casa mas ejemplar ni mas cristiana. Por la particular devoción que profesaban á santa Maria Magdalena, edificaron á la santa en una de sus posesiones una magnífica iglesia, en la que pasaban la mayor parte del dia en oracion. Ya habian perdido la esperanza de tener hijos, cuando despues de treinta años de matrimonio tuvieron á Estanislao. Su gozo fué el que se deja considerar; y creció sensiblemente cuando observaron en el niño como una inclinacion innata á la virtud.

Pusieron todo su cuidado en criarle en el temor santo de Dios; pero poco tuvieron que hacer en la educacion de Estanislao. Todo su entretenimiento y todo su gusto era la oracion. Pasaba horas enteras de rodillas delante de los altares, y esto en una edad en que para hacer que otros niños estén en la iglesia, es menester divertirlos y engañarlos. Sobre todo, el amor á la santísima Virgen era su devoción predilecta, que casi se echó de ver en él desde la cuna, y fué creciendo toda su vida.